

*Laudatio del Profesor Doctor D. Antonio Elorza Domínguez  
con motivo de la investidura como Doctor "Honoris Causa"  
del*

*Excmo. Sr. Dr. D. Giorgio Napolitano*

Excmos. Sres.

Supone para mí un gran honor, y al mismo tiempo un motivo de honda satisfacción, haber sido designado para presentar a S.E. Giorgio Napolitano como nuevo doctor *honoris causa* de la Universidad Complutense de Madrid. Hace casi veinte años, en julio de 1988, tuve la ocasión de conocer a Giorgio Napolitano al asistir en Bolonia a un coloquio sobre la primavera de Praga organizado por el Instituto Gramsci. Me acompañaba el político que en la España de la transición defendió posiciones paralelas a las de Napolitano. Me refiero a Manuel Azcárate. La reunión de Bolonia fue una manifestación de solidaridad con el intento frustrado de democratización emprendido en 1968 por los comunistas checos y al mismo tiempo una denuncia del callejón sin salida a que había llegado el "socialismo real". A lo largo de esa década, Napolitano había encabezado en el PCI los esfuerzos por romper definitivamente los lazos con el patrón soviético y llegar en un marco inequívocamente democrático a la convergencia con otras fuerzas socialistas. Fue el primero en "ir más allá de los confines" del espacio comunista, de acuerdo con una idea que concretará algún tiempo después: "el PCI ha tardado demasiado en transformarse en un partido socialista democrático de corte europeo".

Resulta obvio, no obstante, que los sobrados méritos de Giorgio Napolitano para alcanzar la presente distinción van más allá de la lucidez, la firmeza y la lealtad a su partido con las que mantuvo durante años la incómoda postura de crítico en el seno del grupo dirigente del PCI, frente a los residuos de sectarismo que obstaculizaban la evolución del comunismo italiano hacia una posición democrática sin lazos efectivos ni simbólicos con el marxismo soviético. La ejemplar trayectoria política de Napolitano, desde los días en que se incorpora como joven universitario a la lucha antifascista, conjuga el desempeño con máxima eficacia de altos cargos, primero en la dirección del PCI, luego en el Estado italiano, con otra dimensión que de paso explica su coherencia: el recurso permanente al análisis como único medio de racionalizar el proceso de decisión en política.

De acuerdo con la expresión que aplicara Benedetto Croce a Togliatti, Giorgio Napolitano es *totus politicus*, en el sentido de que su vida hasta el presente, a lo largo de más de seis décadas, ha estado consagrada sin reservas a la actividad política, hasta 1989 en el seno del Partido Comunista de Italia, y a partir de entonces entre los Demócratas de Izquierda. Pero esto no significa que en ese largo tiempo su personalidad se haya visto encerrada en el

reducido espacio de las organizaciones y de los debates como dirigente de partido: es de sobra conocida su pasión por la literatura, en especial por la poesía y el teatro, que le llevó a tener, por ejemplo, una estrecha relación con Pablo Neruda. Tampoco creyó nunca que la acción política debiera limitarse a dar una respuesta puntual a los problemas conforme los mismos fueran apareciendo. Para Napolitano, la política es una dimensión de la actividad humana cuyo sentido se determina por una concepción del mundo, el conocimiento de las relaciones económicas y sociales en un momento dado, así como por una doble exigencia, de mantener tanto las propias ideas como la lealtad y la disciplina al grupo de pertenencia. Esa visión amplia puede ser apreciada en los intensos intercambios y polémicas que Giorgio Napolitano ha mantenido a lo largo de su vida con intelectuales como Norberto Bobbio, Piero Sraffa, o Eric J. Hobsbawm.

El libro de conversaciones con este último, *Intervista sul PCI*, de 1976, fue el único de los suyos traducido al español, unos meses más tarde, bajo el título de *La alternativa eurocomunista*. Eran momentos de euforia en torno al espejismo de un comunismo por fin democrático que iba camino del poder en Italia, Francia y España. Ni estas optimistas previsiones se cumplieron, ni los tres partidos tenían demasiado que ver entre sí, más allá de la matriz soviética. En el caso español, de modo significativo, su máximo responsable declararía años más tarde que a su juicio el “eurocomunismo” no tenía por origen el pensamiento de Gramsci o de Togliatti, sino la aceptación por Stalin de una eventual vía parlamentaria al socialismo, expresada en carta al socialista español Largo Caballero en los primeros meses de nuestra guerra civil. Es decir, una aceptación táctica de la democracia por el partido leninista de siempre. En cambio, la singularidad ideológica del PCI tenía raíces más hondas, merced a la vinculación de sus dos Padres Fundadores, Antonio Gramsci y Palmiro Togliatti, con la filosofía idealista de tradición hegeliana, amen del marxismo, y con una dimensión historicista, fruto de su profundo conocimiento de la cultura y de la historia de Italia. El resultado para el segundo fue resumido por el historiador Paolo Spriano en una fórmula que sería perfectamente aplicable a Giorgio Napolitano: “tiende a condensar en la política la historia, y al mismo tiempo, en la historia la cultura”.

El presente acto puede servir, en consecuencia, para expresar el reconocimiento a una corriente del pensamiento político italiano que no sólo inspiró la peculiar singladura del PCI, sino que realizó una destacada aportación, no siempre reconocida, a la ciencia política en las décadas centrales del pasado siglo. Y que en lo referente al concepto gramsciano de hegemonía constituye un hilo conductor, imprescindible para entender la evolución del pensamiento político de Giorgio Napolitano. De manera explícita, en los momentos de optimismo que suscita el avance electoral del PCI en 1975-1976, o incluso hoy, implícitamente, cuando define el nuevo papel que corresponde a Europa o alude a las dificultades para hacer realidad un partido socialista europeo.

Palmiro Togliatti fue además protagonista de nuestra historia, bajo el pseudónimo de "Ercoli", al participar en la defensa de la Segunda República desde su condición de delegado-tutor nombrado por la Internacional Comunista, entre agosto de 1937 y marzo de 1939. Ya con anterioridad, a partir de mayo de 1935, sus manifiestos y análisis sobre España, ofrecen el retrato de una sociedad y de un sistema político antes amenazado por una contrarrevolución vinculada a su atraso económico, que lista para reproducir el modelo soviético de revolución. Togliatti inaugura la fecunda vía interpretativa del fascismo como revolución conservadora, como "régimen reaccionario de masas". Los esquemas dualistas, propios del marxismo soviético, ceden paso progresivamente en sus escritos a interpretaciones complejas de la realidad, vista en términos gramscianos como "guerra de movimientos" y no de posiciones enfrentadas con cada uno en su trinchera. Son conjuntos de vectores que se oponen, a lo largo del proceso histórico, de manera que el objetivo principal del partido comunista consistirá en tejer un entramado de alianzas susceptible de imponerse progresivamente a los adversarios, y en todo momento evitar que la agrupación de estos en tiempo de crisis provoque un golpe de signo dictatorial o fascista. Avance hacia el socialismo por medio de una red de alianzas con otras fuerzas, atención permanente al riesgo de que un movimiento irreflexivo dé lugar a la ruptura de los equilibrios políticos y a un consiguiente retroceso de signo reaccionario. Ésta será la doble faz del planteamiento que el líder histórico del PCI transmitirá a sus seguidores más lúcidos, Enrico Berlinguer, Giorgio Amendola, Giorgio Napolitano, Gerardo Chiaromonte, entre otros.

Producto de una reflexión obligada tras el desastre causado por la política de "clase contra clase", y ligada en consecuencia a la nueva estrategia de los frentes populares, la recuperación de la democracia constituirá en lo sucesivo una seña de identidad del comunismo italiano. La tarea, sin embargo, no resultó fácil, ya que como Napolitano supo ver en su crítica a Togliatti, la asunción plena de la democracia exigía una ruptura tajante con el modelo soviético, y esto sólo llegará avanzada la década de 1980. El punto de partida fue la falsa conciliación de la llamada "democracia de nuevo tipo", elaboración formalista en torno a la España republicana en el otoño de 1936. Ahora bien, tal y como señala Paolo Spriano, es justamente la experiencia negativa de la falta de democracia en las estructuras de frente popular en esa España en guerra, conocidas de cerca por Togliatti en su período de tutor del PCE, lo que lleva el tema al terreno de la realidad. Lo expresará en conversación con Ernst Fischer: "Si algún día regresamos a nuestros países hemos de tener presente desde un principio que la lucha por el socialismo significa lucha por mayor democracia. Si nosotros, los comunistas, no nos convirtiésemos en los más consecuentes demócratas, la Historia nos arrollará".

Una dimensión esencial de la historia del PCI consistirá así en el intento de dar cumplimiento a la admonición de Togliatti, en un esfuerzo que recuerda la imagen dolorosa de los *schivi* de Miguel Angel, tratando de liberarse de un bloque de piedra que en definitiva seguirá aferrándose. No obstante, en la década de 1970, un equilibrio pareció haber sido alcanzado con el

“compromiso histórico” y la tan imaginativa como costosa táctica de ingreso del PCI en el área de gobierno. En la entrevista con Hobsbawm, de 1975, Napolitano celebraba una clarificación que implicaba el reconocimiento sin reservas del parlamento como “uno de los hechos no renunciables de la organización de la vida democrática” y de paso la “superación plena y definitiva de concepciones que asignen al Partido Comunista una función dirigente exclusiva”. La “transformación en sentido socialista” tendría “que fundarse en amplias bases de consenso y participación democrática”.

Sólo que como le sucediera a Togliatti en la España republicana, el agotamiento de la política de compromiso histórico y el subsiguiente repliegue de Berlinguer hacia concepciones del pasado, harán ver a Giorgio Napolitano los límites infranqueables de ese último intento de conciliación entre la marca de origen soviética y una política decididamente reformadora. Los temores ya expresados con anterioridad de que el partido se mantuviese fiel al mito de la revolución y al leninismo se veían confirmados. Al disiparse las expectativas de cambio a fines de los 70, el PCI se encuentra *in mezzo al guado*, en medio del vado. Una vez fallida la alianza con la Democracia Cristiana, la llamada “alternativa democrática” devolvía al PCI la pretensión de vanguardia. Napolitano acude entonces desde las páginas de *Unità* a Togliatti para justificar “la búsqueda de entendimiento con aquellos partidos que representan fuerzas sociales interesadas en el cambio” y al mismo tiempo “saber bajar y moverse en el terreno del reformismo” frente al empleo de palabras radicales sin posibilidad de aplicación.

En palabras de Piero Fassino, Giorgio Napolitano fue “el primero en comprender”, marcando entre 1981 y 1986 un decisivo viraje de signo reformista, cuya coherencia le lleva primero a manifestar sus diferencias con Berlinguer, sobre todo por la actitud contraria a la socialdemocracia, y luego en 1984, con toda probabilidad, a no ser nombrado sucesor suyo.

Como siempre, Napolitano atiende a la recomendación de Marx: *fortiter in re, suaviter in modo*. La moderación en las expresiones es compatible con el vigor del contenido. Por encima de las diferencias transitorias, la opción reformista del PCI exige un esfuerzo de aproximación a los socialistas italianos, al mismo tiempo que una definitiva separación del patrón soviético. Será preciso moverse en la perspectiva de “una recomposición unitaria entre las diversas fuerzas del movimiento obrero y de la izquierda en Europa occidental”., lo que entre nosotros se llamó fugazmente la euroizquierda. Semejante planteamiento llevaba a una doble consecuencia. Primero, el abandono definitivo de toda hipótesis de “tercera vía”, entre la socialdemocracia y el comunismo soviético, “entre el esfuerzo orientado a realizar los ideales del socialismo en la democracia, por medio de reformas democráticas, y la negación de la libertad y de los derechos democráticos fundamentales en nombre del socialismo”. Segunda consecuencia: la convergencia de las fuerzas de la izquierda democrática tenía un marco, la entonces llamada Comunidad europea, y un objetivo, su reforzamiento. El europeísmo de Giorgio Napolitano no surge de una aproximación doctrinal a “la

idea de Europa”, en el sentido de Federico Chabod, cuya importancia sin embargo reconoce, sino de una concepción de la política en la cual los dos conceptos básicos son los de democracia y reforma.

Resultaba imprescindible ajustar cuentas con la historia, y esto es lo que hace Giorgio Napolitano entre 1988 y 1989, partiendo de un *mea culpa* por no haber destacado antes la responsabilidad de Togliatti, el fundador del “partido nuevo” en que se formó él mismo, al esconder o justificar los peores aspectos de un estalinismo con el cual colaboró. Togliatti había expuesto claramente la contradicción al calificar al estalinismo de “camisa de fuerza”, al propio tiempo que reivindicaba el vínculo de hierro, *il legame di ferro* con la patria del socialismo. Una cadena que final y tardíamente hubo que romper. Una vez comprobado el balance del “socialismo real” tampoco cabía salvar la idea del comunismo en nombre de Marx. “Hemos salido de las fronteras de la tradición comunista”, concluía.

Giorgio Napolitano confirma entonces de modo rotundo algo que ya formaba desde tiempo atrás parte esencial de su pensamiento: el rechazo de la utopía. Eso no significa, sin embargo, que suscriba una moral de adecuación, con las consiguientes implicaciones conservadoras. Bien al contrario, las proposiciones formuladas en las dos últimas décadas por Giorgio Napolitano se inscriben en lo que el filósofo social alemán Karl Mannheim denominó “ideas utópicas”, esto es, propuestas operativas fundadas sobre un análisis crítico de la realidad, atendiendo a la consiguiente necesidad de transformarla progresivamente. Sin prisa y sin pausa. El paso de la política de partido a la institucional en la década de 1990 abre la posibilidad de que Giorgio Napolitano haga efectivos sus propósitos, siquiera parcialmente. Presidente de la Cámara de Diputados entre 1992 y 1994, le toca de lleno el período de la puesta al descubierto de las tramas de corrupción política y de la crisis del sistema tradicional de partidos. Merecerá el sorprendente elogio del presidente del consejo Berlusconi al auspiciar “una línea de confrontación no destructiva entre mayoría y oposición”, recomendación en la que insiste siempre desde entonces como requisito indispensable para la dignificación del Estado democrático. Entre 1996 y 1998, en el primer gobierno Prodi, tendrá ocasión de dejar su huella reformadora como ministro del Interior al elaborar la ley Del Turco-Napolitano reguladora de la inmigración. Por fin, de 1999 a 2004 encuentra la ocasión para desarrollar plenamente su vocación europeísta desde su condición diputado europeo y presidente de la Comisión de Asuntos Constitucionales, a cuyo cargo corren importantes reformas legales, y en particular la elaboración del Proyecto de Constitución Europea.

En su libro *Europa política*, de 2003, Napolitano explica cómo “el compromiso europeo” es el punto de llegada de una trayectoria que animada por el mismo impulso de cambio tuvo en el pasado otros contenidos. “Tiene sentido hoy –explica-, hacer política para sostener proyectos fuertes de cambio y de gobierno que pueden hoy en día ser concebidos únicamente en términos europeos. El empeño político que tantos hombres y mujeres de mi generación pusieron en el centro de su vida solamente puede ser transmitido y renacer en

la dimensión europea". El marco nacional ya es insuficiente y cualquier transformación en profundidad, de tipo económico, jurídico o cultural, ha de situarse en el seno de Europa. Es, pues, un europeísmo nada abstracto, mirando hacia el interior, y lo mismo sucede en el plano de la política exterior, donde sin romper la alianza con los Estados Unidos, la palpable incapacidad de esta gran potencia para resolver los grandes conflictos hace necesaria la apelación a Europa. La crisis de Oriente Próximo sería el mejor ejemplo de ese papel positivo que Europa puede desempeñar, en un sentido de favorecer la resolución pacífica de los conflictos. Y, finalmente, ese incremento de las responsabilidades, tanto mayor cuanto que Europa se encuentra en un complicado e imprescindible proceso de ampliación, requiere un fortalecimiento de las instituciones europeas, en competencias y en legitimidad democrática.

La orientación federalista que de este modo asume el europeísmo de Napolitano enlaza directamente con aquellos que impulsaron a partir de los años 40 la idea de una Europa federal, como Jean Monnet y Altiero Spinelli, su principal punto de referencia. Pero sus raíces se remontan a los propios fundadores del pensamiento democrático, que tanto en Italia como en España unieron en sus proyectos políticos, en dosis diversas, la reivindicación de los derechos humanos y del sufragio universal con el reformismo social y una concepción federativa de círculos concéntricos, donde la federación europea era un horizonte inmediato. Es "la Italia civil de la razón" a que hizo referencia Norberto Bobbio. Napolitano destaca que en la recuperación más reciente de la idea de Europa no sólo intervinieron políticos. Historiadores como Lucien Febvre y Federico Chabod dieron a la idea de Europa un calado histórico, al probar la existencia de un sujeto plural, pero con los rasgos comunes suficientes para singularizarle por su civilización. El alcance de ésta es, a juicio de Napolitano, lo que señala los límites de una Europa que por la extensión de las competencias en sus instituciones representativas debería tender hacia una federación. Su dimensión exterior haría necesario que Europa hablase con una sola voz, mediante un Ministro de Asuntos Exteriores europeo. Con la ampliación en curso, que borraría definitivamente las fronteras entre Este y Oeste de 1945, y la Constitución europea se lograría "una refundación simbólica y una nueva legitimación democrática de la Unión".

En el mensaje pronunciado con ocasión del Fin de Año, convertido ya en Presidente de la República por el voto de los parlamentarios italianos, Giorgio Napolitano insiste en la centralidad de la construcción europea, no sólo para los propios intereses, sino de cara a un orden mundial desgarrado y a los grandes problemas que afectan a la vida sobre el planeta, cuando el deterioro de la atmósfera "amenaza la propia supervivencia humana". Es una visión proyectiva, fundada sobre el conocimiento de la historia y del presente. "Veniamo da lontano", venimos de lejos, afirmaban de sí mismos los comunistas italianos hace décadas. Ahora la reflexión europeísta de Giorgio Napolitano, arrancado inesperadamente al retiro que él mismo anunciaba al final de su autobiografía, se inscribe en la continuidad histórica, abierta siempre al cambio, de acuerdo con la exigencia por él proclamada de "saper guardare

lontano, saper guardare consapevolmente al futuro”, saber mirar hacia la lejanía, saber mirar conscientemente al futuro.